

Capítulo 2

Esta es la cuestión: yo no soy el tipo de chico que tenga amigos imaginarios.

En serio. Este año paso a quinto curso. A mi edad, no es bueno tener reputación de loco.

Me gustan los hechos. Siempre fue así. Los datos reales. Como dos-más-dos-es-igual-a-cuatro. O que los-repollitos-de-Bruselas-saben-a-calzetines-de-gimnasia-sucios.

De acuerdo, tal vez esto último sea solamente una opinión. Y, de todas maneras, nunca comí un calcetín sucio, así que podría estar equivocado.

Los datos de la realidad son importantes para los científicos, que es lo que quiero ser cuando sea grande. Y los referidos a la naturaleza son mis preferidos, especialmente aquellos que hacen que la gente diga *¿en serio?*

Como que una cucaracha sin cabeza puede sobrevivir dos semanas.





O que un guepardo puede correr a 112 km por hora.

O que, cuando un sapo con cuernos se enoja, arroja sangre por los ojos.

Quiero ser un científico de animales. No estoy seguro de qué clase. En este momento me encantan los murciélagos. También me gustan los guepardos, los gatos, los perros, las serpientes, las ratas y los manatíes. De modo que esas son mis opciones.

También me gustan los dinosaurios, aunque están todos muertos. Durante un tiempo, mi amiga Marisol y yo queríamos ser paleontólogos y buscar fósiles de dinosaurios. Ella solía guardar los restos de los huesos de pollo en el arenero de su casa para practicar excavación.

Este verano, Marisol y yo creamos un servicio de paseadores de perros. Se llama Beethoven. A veces, durante los paseos, intercambiamos datos curiosos sobre la naturaleza. Ayer me dijo que un murciélago puede comer 1.200 mosquitos en una hora.

Los datos son mucho mejor que las historias. Una historia no se puede ver. No puedes sostenerla en la mano ni medirla.

Tampoco puedes sostener un manatí, pero no importa. Cuando uno lo analiza en profundidad, ve que las historias son mentiras. Y a mí no me agrada que me mientan.

Nunca fui un fanático de lo fantástico. Cuando era pequeño, no me disfrazaba de Batman, ni le hablaba a los muñecos de peluche ni pensaba que había monstruos debajo de la cama.

Mis padres dicen que, cuando tenía dos o tres años,

marchaba por todos lados diciendo que era el alcalde de la Tierra. Pero eso solo me duró un par de días.

Por supuesto que tuve mi etapa Crenshaw, pero muchos chicos tienen amigos imaginarios.

Una vez, mis padres me llevaron al centro comercial a ver al conejo de Pascua. Esperamos de pie sobre césped falso junto a un gigantesco huevo falso, que estaba dentro de una gigantesca cesta falsa. Cuando llegó mi turno de posar con el conejo, le eché una mirada a la pata y se la arranqué ahí mismo.

Adentro, había una mano de hombre. Tenía un anillo de oro y almohadillas de pelo más bien rubio.

“¡Este hombre no es un conejo!”, grité y una niñita comenzó a berrear.

El gerente del centro comercial nos dijo que debíamos marcharnos. No recibí la cesta con huevos de regalo ni la foto con el conejo falso.

Fue ahí que descubrí por primera vez que a la gente no siempre le agrada que le digan la verdad.

